

## Singular y plural

Investigador. Economista. Visionario. Devoto de las matemáticas y de la historia. Una mente brillante. Un ser humano excepcional. Prosista de los buenos. Un espíritu abierto a la ciencia, al arte y, en general, a las profundas e invisibles corrientes de la vida colectiva. Prodigio de la curiosidad y la imaginación. Buen amigo. Profesor estimulante... El pasado 29 de mayo, el extraordinario cerebro de Luis Bruno Seminario (1957-2021) dejó de pensar.

Por FRANCISCO TUMI

Debió de ser en el año 2000 o quizás 2001, en los tempranos albores de los grandes motores de búsqueda de internet, cuando una tarde fui al encuentro de Luis Bruno en su oficina del segundo piso del viejo Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico (CIUP), en la esquina de Sánchez Cerro con Garibaldi. Nos demoramos un buen rato en salir e ir a almorzar, pues unas horas antes, su insaciable curiosidad se había topado en la red con un cuestionario de 1.000 preguntas que, una vez completado y devuelto a su sitio web, te decía cuántas personas parecidas a ti había en el resto del planeta.

Cuando me pasó la dirección del sitio del cuestionario, yo, por supuesto, me salté la mayoría de las preguntas, que trataban sobre todos los temas imaginables –desde cosmovisión, gustos y vida laboral hasta intereses, ocio y lecturas–, y en los días siguientes completé apenas unas cien. Al enviarlas, la página me respondió que en el resto del mundo había más de 4 millones de personas como yo. A Luis Bruno, el servidor le respondió que en todo el universo solo había otros tres seres humanos como él.

Así era Luis Bruno Seminario, el ex discípulo, colega, profesor, amigo, hermano y tío que acabamos de perder y cuya asombrosa y fructífera vida hoy celebramos en comunidad. Nos hicimos muy amigos en marzo de 1965, en Piura, cuando nuestras familias fueron de las primeras en mudarse a la novísima urbanización Santa Isabel, en el extremo norte de la ciudad. La casa de los Seminario era prácticamente la última del área urbana. Cruzando la última pista, caminando unos metros en diagonal, había una bomba de agua que extraía agua del subsuelo y la acopiaba en una suerte de piscina donde nos zambullíamos en los veranos. Había también algunos insinuantes campos de maíz y, más allá, entremezclado con el interminable desierto, un bosque de casuarinas y algarrobos donde vagabundeábamos todo el tiempo que no pasábamos en el colegio y donde, a los ocho años, junto con *el Pollo* Luis Enrique Vega, aprendimos a fumar.

Siempre pensé –al ver la trayectoria vital que nuestro querido Luis Bruno edificó a lo largo de seis décadas; al calibrar el conjunto de sus intereses, desde la literatura, el arte y las fantasías en general, hasta la investigación en campos tan vastos como la economía, las ciencias naturales o la historia– en lo decisivo que había sido ese paisaje inconfundiblemente piurano en el que abrimos los ojos al mundo.

En aquel marzo de 1965, vivimos, sufrimos y disfrutamos nuestro primer diluvio piurano. Lluvias torrenciales, calles inundadas y una plaga bíblica de grillos que grandes y chicos aniquilábamos para, amontonados en pequeñas montañas, incinerarlos como si se tratara de un ritual ancestral. En aquel entonces, sabíamos muy poco del Fenómeno de El Niño, pero ya

de grandes, y también ahora, me parece indudable que todo lo que más tarde Luis Bruno reflexionó –académica o coloquialmente– sobre la relación entre geografía, producción, clima, riqueza, catástrofes y poder tuvo su semilla en lo que experimentamos en nuestra infancia y adolescencia piuranas.

Igual influencia, seguramente, ejercieron sobre él otros acontecimientos cruciales registrados durante aquellos años piuranos: la reforma agraria de 1969, que impactó decisivamente en la vieja sociedad piurana, incluida su familia; la nacionalización de Talara y la fervorosa y omnipresente retórica de la revolución velasquista (“Campesino, el patrón ya no comerá más de tu pobreza”); y asimismo, sin duda, series de la televisión como *Perdidos en el espacio*, la llegada del hombre a la Luna o la permanente constatación de que la franja costera de Piura era la más ancha de todo el país. Ese fue el mundo en el que crecimos.

En el colegio San Ignacio de Loyola, Luis Bruno brilló en todas las materias. Era un lector voraz y adelantado, con una curiosidad insaciable. Pero también era amigüero y conversador, con una gran inclinación por el cine, los mapas y las novelas de varios cientos de páginas. Santiago García de Larrasilla nos hacía leer una novela latinoamericana cada mes y a continuación nos pedía que escribiéramos un breve ensayo sobre lo leído. Luis Bruno leyó, entre otras obras, *Un mundo para Julius*, *El mundo es ancho y ajeno* y *La isla de los hombres solos*. Y en uno de esos meses, convenció a Santiago de que lo dejara leer y comentar las *Poesías completas* de Javier Heraud, que acababan de aparecer con motivo de los diez años de su muerte.

Siguiendo la costumbre de los colegios de la Compañía de Jesús, nuestra infantil y movediza camada recibió desde el primer día el nombre de San Francisco Xavier, en honor de quien probablemente constituye el personaje más carismático y atractivo del olimpo jesuita. La punzante pregunta “¿De qué te sirve ganar el mundo si pierdes tu alma?”, con la que Ignacio de Loyola puso en marcha, en París, la redención del disipado universitario Francisco de Jasso y Xavier, y que escuchamos miles de veces desde niños, tuvo un impacto imperecedero en cada uno de nosotros y por supuesto, en forma especial, en Luis Bruno.

En el último año de secundaria, las dudas vocacionales nos corroían a todos y también a él. Luis Bruno era el primero de la clase, brigadier general del colegio, escribía poemas parecidos a los de Heraud, imaginaba regímenes políticos y de gobierno para el Perú de aquel entonces y, sobre todo, buscaba la mejor manera de servir a los demás y de cambiar el mundo, pues de eso se trataba la existencia, a tenor de todo lo que habíamos aprendido y entendido en aquel intenso mundo setentero, de compromiso revolucionario, guerra fría y post Concilio Vaticano II. Al finalizar las clases, a comienzos de diciembre, decidió que estudiaría antropología cultural. Pocos días después, en la noche de navidad, mientras caminábamos por las familiares calles de Santa Isabel, me dijo que estudiaría economía.

Lo acompañé, en febrero de 1974, ya en Lima, a dar su examen de admisión para primeros puestos en la Universidad del Pacífico. Se tardó más de la cuenta en ingresar al campus, pues tuvo que solicitar sobre la marcha, en la puerta de la avenida Salaverry, que le permitieran ingresar con muchos más cigarrillos de los habituales. Obtuvo, por supuesto, el primer puesto. A partir de entonces, nada lo contuvo y su vida fue de un crecimiento permanente.

Un centro de estudios como la Universidad del Pacífico, de alta exigencia, vocación humanística aunque se dedicara a las carreras de negocios, y al mismo tiempo pequeño, casi familiar, fue lo mejor que le pudo ocurrir a Luis Bruno. Desde el comienzo se sintió satisfecho y feliz en sus aulas. Su espíritu y su cerebro se abrieron a un nuevo mundo de conocimiento que estimulaba en él la aventura intelectual y que cada día ampliaba su capacidad de reflexión a

límites insospechados. Con el paso del tiempo, cuando se volvió profesor, se adhirió sin dudar a ese modelo de docencia. Sus estudiantes, en especial sus asistentes de investigación, pueden dar testimonio de ello.

Recuerdo su desbordante entusiasmo de cachimbo. Hablaba de un profesor que llegaba en motocicleta a la universidad y que les explicaba en clase el minucioso cálculo cronométrico que realizaba para recorrer treinta cuadras de la avenida Arequipa sin ser detenido por ningún semáforo. Después supe que se trataba del jesuita Enrique López Dóriga. Recuerdo el escritorio de su dormitorio repleto de libros de economía, matemáticas, filosofía e historia, así como de novelas como *Demián* y *El extranjero*. Su condición de lector voraz, su curiosidad innata y su propensión al esfuerzo autodidacta calzaron perfecta e inmediatamente con la exigente dinámica de la Universidad del Pacífico.

Los cinco años que pasó en Estados Unidos, primero en Pittsburgh y luego en Rochester, terminaron de afilar su capacidad de observación, su irreductible perspicacia, y terminaron asimismo de consolidar su sentimiento de pertenencia al mundo meridional, a la semilla mediterránea, a la Ilustración de Descartes y de la Revolución Francesa, y consolidaron su distancia afectiva de lo anglo. “¿Quiénes hacen arte y cultura en EEUU?”, preguntaba. Y se respondía a sí mismo: “Los inmigrantes italianos e hispanos, los afroamericanos. No los gringos...”.

Luis Bruno pudo ser novelista de ciencia ficción, historiador, filósofo, futurólogo e incluso artista gráfico por computadora. Si bien se dedicó a la economía, su mirada fue capaz de ir mucho más lejos y de captar lo que latía mucho más adentro de la realidad estudiada, y su prodigiosa inteligencia construyó visiones del mundo y del Perú que se desplegaron en múltiples y reveladoras dimensiones, como lo testimonian sus libros y por supuesto sus conversaciones, fueran sesuda y largas, o simplemente al paso. No solo escribía muy bien; también nos mostraba a los demás lo que era oculto a la observación más afilada.

Difícil calcular cuántas horas pasó Luis Bruno en librerías, ojeando y chequeando las novedades editoriales, adquiriéndolas de manera a la vez selectiva y fortuita, impulsado solamente por la curiosidad. Es probable que hayan sido miles e incluso varios miles. Durante tres o cuatro décadas, resultó familiar verlo caminar por la avenida Larco, por las calles transversales, por el óvalo de Miraflores y por las últimas cuadras de la avenida Arequipa, así como sentado hasta muy tarde en el café *Haití*. Su botín era una abultada bolsa de libros que sostenía con una mano —en la otra, un cigarrillo—, con títulos de todo tipo, desde novelas de diverso género hasta volúmenes de ciencia, pensamiento o historia.

No le interesaba mucho el realismo; le parecía previsible, incluso elemental. Prefería y recomendaba novelas de ciencia ficción como *El fin de la infancia*, de Arthur C. Clarke, que explora el futuro evolutivo de la especie humana bajo la batuta de unos altruistas superseñores extraterrestres; o misteriosas como *El maestro y Margarita*, del proscrito Mijaíl Bulgákov, que ironiza implacable y magistralmente con la inesperada visita del diablo —nada menos que Satán disfrazado de mago— al pedazo de paraíso comunista que los bolcheviques habían edificado en Moscú a comienzos de los años 30.

La singularidad de Luis Bruno tenía como punto de partida su ardorosa e ilimitada imaginación, pero también su gigantesca capacidad para realizar abstracciones y conexiones inesperadas y a la vez fecundas. Es decir, era especial, antes que nada, por su prodigiosa envergadura cerebral y por su permanente propensión a buscar respuestas y a proyectar audaces inferencias.

Bastaría con mencionar como prueba de ello su monumental investigación *El desarrollo de la economía peruana en la era moderna*.

Sin embargo, sus intereses intelectuales y prácticos abarcaron muchos más aspectos de la realidad, en los que se sumergía durante días o meses con la misma seriedad con que reflexionaba sobre la crisis económica durante el periodo de la independencia o sobre los aparejos de pesca de los pescadores artesanales de la costa piurana ante la amenaza del fenómeno de El Niño.

Alguna vez, aún en la época del colegio, me dijo que el nombre completo de nuestra ciudad era San Miguel del Tránsito del Villar de Piura. No sé cómo lo había averiguado, pero sí recuerdo que el tono con el que lo mencionó fue el mismo con el que –en numerosas ocasiones en las décadas posteriores, hasta hace muy poco– hacía partícipe a quien quisiera escucharlo de sus hallazgos y reflexiones sobre temas siempre interesantes. Por ejemplo, los títulos y temas de los libros que la élite norteamericana había incorporado a su vida cotidiana durante el periodo de Bill Clinton, que Luis Bruno analizaba como demostración del refinamiento intelectual y cultural que se había registrado en la vida americana como correlato del incremento del bienestar material. O también las razones por las cuales de pronto proliferaban con gran éxito a nivel mundial, en la literatura, el cine y la televisión de consumo juvenil, historias de zombies, vampiros y hombres lobo.

En el blog que inauguró a comienzos del siglo XXI, bautizado con el nombre de *Cantos del chivo moribundo*, en homenaje a otro de los animales totémicos de la piuranidad, dejó una muestra variada y rica de sus numerosos intereses. Sesudos y rigurosos textos de ciencia económica, inteligentes observaciones de la actualidad mundial –en la que rastreaba, por ejemplo, la transición hegemónica global en favor de China–, análisis del nuevo modelo primario exportador del Perú, artículos sobre historia económica... coexisten allí con poemas metafísicos, relatos breves como las *Crónicas del Año del Perro*, fotografías del atardecer y de la cotidianidad costeña, fotografías trucadas con Photoshop, pensamientos.

Luis Bruno se las arregló para construir dos mundos en los cuales desplegó su vida cotidiana de ser de carne y hueso, dos mundos en los cuales se sintió muy cómodo, disfrutó la vida y fue feliz. Uno fue el mundo familiar, con Pocota, Ricardo, Lidia y Gisela, y más tarde Bruno Portillo, Geannine y Mikel. Y el otro fue el mundo académico, centrado en el espacio de la Universidad del Pacífico, a partir del cual tejó una variopinta vida social y de amistades muy cercanas cuyas muestras son, por ejemplo, la cálida y multitudinaria celebración de su último cumpleaños vía zoom, apenas el pasado 21 de marzo, y también esta misa organizada por la UP para celebrar su existencia.

Nuestro querido Luis Bruno fue un ser de otra dimensión, pero al mismo tiempo fue un ser de carne y hueso, afectuoso y cálido. Aunque algo terco en las cuestiones prácticas, sabía reír a carcajadas. Su instantánea sonrisa de palomilla de ventana solía convertirlo de nuevo, con frecuencia, en el niño juguetero de la urbanización Santa Isabel. Era una muy buena persona. A lo largo de las últimas décadas, contribuyó en forma generosa cada vez que se le requirió su ayuda para aliviar las urgencias económicas de algún ex discípulo piurano en estado de emergencia. Me pregunto ahora cuáles habrán sido sus últimos pensamientos. Va a ser muy extraño volver dentro de poco a la actividad presencial y no toparse con él en la calle Sánchez Cerro, vestido de negro, fumando en los exteriores del nuevo CIUP.

Adiós, Luis Bruno. Nunca más las correrías entre las alambradas y los maizales aledaños a Santa Isabel, perseguidos por guardianes y mastines furiosos; nunca más las conversaciones a

la vez serias y disparatadas sobre antimateria, desdoblamiento, energía pura o estados superiores de conciencia; nunca más las tardes y noches sin rumbo y el jolgorio permanente junto con tu ahijado de confirmación, el tumbesino Bobby Rodrich; nunca más tus contribuciones radicales, inesperadas y ciertamente inviables para la ficción sobre la transformación climática de Piura que quizás no concluiré jamás; nunca más el dato inesperado, la imaginación desbordada y las inquisiciones sinceras sobre el destino que nos tocó en el universo, es decir, sobre el Perú. Hasta siempre, querido amigo.